

de Trento, los que por menosprecio lo desdeñan ó rehusan, incurren en grave delito, é injurian al Espíritu Santo¹, y además se privan de un auxilio poderoso, del cual tienen gran necesidad en el artículo de la muerte, aun en el supuesto de haber recibido el sacramento de la Penitencia y el santísimo Viático. «¿A cuánto no se expone, dicen otros Concilios, aquel que descuida recibir un Sacramento sin cuya asistencia es peligrosísimo dejar la vida?» Así pues, hay casi obligación directa de recibir la Extremaunción, ya por las violentas tentaciones á que el enfermo se halla expuesto en la hora de la muerte, ya también por el riesgo de sucumbir si no se fortalece con este Sacramento.

7.º *Liturgia.* Nuestros primeros padres, en la fe no aguardaban la última hora para recibir la unción de los enfermos; pues sabedores de que este Sacramento fué instituido, no solo para acabar de purificar al alma y fortalecerla, sino también para volver la salud al cuerpo si le conviene cuando adolece de grave enfermedad, apresurábanse á recurrir á este divino remedio sin dejarlo para el trance desesperado, y sin tentar á Dios pidiéndole un milagro como hoy día se hace.

Era entonces muy ordinario hacerse conducir á la iglesia, ó dirigirse á ella por sí mismo, al objeto de recibir la Extremaunción², y en algunos templos hasta había un lugar reservado al intento³; de donde resulta que no siempre los enfermos recibían este Sacramento en la cama, y aun en sus casas recibíanlo muchas veces de rodillas⁴. Á esta

litem necessaria non sit. Sic. D. Thom. 14, dist. 23, q. 1. — Alii communiter. Unde non suscipere hoc Sacramentum per se loquendo, secluso scandalo et contemptu, non est peccatum mortale, et multo minus peccant mortaliter domestici, si id non procurent. Communiter. (Ferraris, art. *Extrema Unctio*, n. 38, 39).

¹ Sess. XIV.

² Nos quoque accipimus, referentibus fide dignis, quod illud Sacramentum sine quo, ut dicunt sancti, periculosum est, ex hac vita migrare, ex quadam negligentia omittatur. (*Synod. Andegav.* 1293). — Sæpe moneant sacerdotes populum quod priusquam quartum decimum annum compleverint, maxime sacramentum Extremæ Unctionis petant, et recipiant reverenter, si timeatur verisimiliter de morte infirmorum, quia necessarium est ad salutem istud Sacramentum, si possit haberi. (*Synod. Remens. et Trecent. apud Sainte-Beuve de Extr. Unct.*).

³ San Cesáreo de Arles, *App. Oper. S. Aug. Serm. CCLXXIX.*

⁴ *Monastic. Anglic.* t. II, pag. 775.

⁵ D. Martène, *De Antiq. eccl. rit.* t. II, c. 7, art. 4.

práctica tan respetuosa y conforme con el espíritu de la Iglesia agregábanse otras ceremonias que hacían resplandecer todos los sentimientos de un corazón verdaderamente conrito y humillado; porque nuestros padres estaban convencidos de que el mejor medio de disponerse á parecer ante el terrible tribunal de Jesucristo era la penitencia; y así luego que el doliente había recibido los últimos Sacramentos, extendían por el suelo un cilicio ó lienzo muy basto y grosero, sobre el cual el sacerdote formaba una cruz de ceniza, y rociado con agua bendita acostaban en él al enfermo; después el mismo sacerdote le santiguaba el pecho, echándole también agua bendita, y diciendo estas palabras: Acuérdate, hombre, que eres polvo, y que á polvo has de volver: tal era la práctica ordinaria¹ ya en el siglo V. San Martín, que quiso morir de este modo, decía á sus discípulos: No es lícito á ningún cristiano morir de otra suerte. Personas de toda jerarquía, y hasta los mismos reyes, se acomodaban á esta interesante costumbre, según se prueba por las vidas de san Luis y de Luis el Gordo de Francia, de Enrique III de Inglaterra, etc. En algunas iglesias duró esta práctica hasta el siglo XVI².

Si bien ya no se observa en nuestros días, bastante interesante es el modo actual de administrar la Extremaunción para patentizarnos qué hondo respeto la Iglesia profesa á este Sacramento, á la par que instructivo para darnos una lección saludable. Venid conmigo á contemplar al cristiano moribundo y asistir á un espectáculo de que algún día serémos protagonistas: veamos por un lado á aquel desterrado que va á dejar la vida, y por otro á la Religión como anima al hijo de su amor á franquear el terrible paso del tiempo á la eternidad.

La habitación debe estar aseada: la cama tener sábanas limpias por respeto al Sacramento, y en un paraje adecuado habrá una mesita cubierta con su toalla, y encima de ella un Crucifijo, dos candeleros con cirios encendidos, agua bendita en un vaso con el hisopo, un plato con siete ú ocho copillos de estopa ó de algodón para enjugar las unciones, junto con una miga de pan para purificarse los dedos del sacerdote, y un aguamanil ó vaso de agua, con una servilleta y otra vasija para recibir el agua y las migas de pan cuando el ministro se lave las manos.

¹ Delaunoy, *De Sacrament. unctionis infirmorum*, pág. 331

² *Historia de Sacr.* t. IV.

Este, al entrar en el aposento, saluda en los mismos términos que el Señor solía hacerlo cuando se aparecía en medio de sus discípulos, diciendo: *¡La paz sea en esta casa y en todos sus moradores!* en tí sobre todo, ó pobre enfermo, pues soy yo el que vengo, tu amigo, tu hermano, tu salvador y tu médico. Depone en la mesa los santos óleos, y revestido de sobrepelliz, con estola morada, toma el Crucifijo y se lo da á besar al paciente: ¡dulce ósculo, que el amigo celestial da á su amigo afligido para confortarle, presentándole á la vista las llagas que recibió por su amor! Vuelve el sacerdote á la mesa, y rociando con agua bendita á los asistentes y al propio enfermo, reza en nombre de éste la oracion penitencial: *¡Rociame, Señor, con el hisopo, y seré purificado! lívame, y quedaré mas blanco que la nieve!* Dirigiéndose al mismo, conjura al Señor que aleje de él al espíritu de las tinieblas, y que envíe en su ayuda sus Angeles buenos; y despues que el enfermo ha hecho confesion de sus faltas recitando el *Confiteor*, implora á su favor gracia y misericordia, encargando además á los presentes que no se olviden de su hermano, pues está abierta una gran lucha, y conviene á todo trance salvar aquella alma que el demonio trata de arrebatár.

Purificado el enfermo por medio del agua bendita, y excitados en su espíritu los debidos sentimientos de contricion y compuncion, el ministro se pone á practicar las sagradas unciones; primera en los ojos, despues en los oidos, luego en la nariz, en la boca, en las manos, en los piés, por fin, en todos los sentidos, órganos de nuestras acciones, y hartas veces ¡ay! de nuestros pecados. Á cada uncion va repitiendo estas palabras: *El Señor, por esta santa uncion y por su suavísima misericordia, te perdona todo el mal que hayas cometido* por la vista, el oido, el olfato, el gusto ó el tacto. Desde aquel punto los sentidos del hombre, viciados por el demonio, quedan regenerados, purificados y santificados por la gracia de Jesuérsto; la señal de la cruz que el sacerdote forma sobre cada uno viene á ser

Principia peccandi in nobis sunt eadem que et principia agendi, quia peccatum consistit in actu. Principia autem agendi in nobis sunt tria: primum est dirigens, scilicet vis cognoscitiva; secundum est imperans, scilicet vis appetitiva; tertium est exequens, scilicet vis motiva... Ideo inunguntur loca quinque sensuum... propter cognoscitivam; renes propter appetitivam; pedes propter motivam, etc. (D. Thom. 3 p. *supp.* q. 32, art. 6).

un sello con que para siempre los cierra al enemigo, y los marca en el nombre de Dios; entonces, ¡cuán temible no es ya para el infierno el soldado cristiano armado así en todos sus miembros con la tremenda señal que venció al demonio, al mundo y á sus potestades!

Concluidas las unciones, el sacerdote pasa á purificarse los dedos con una miga de pan, y lavadas sus manos, hace que viertan en el fuego el agua con los velloncitos que sirvieron para enjugar el santo óleo, los que la Iglesia manda quemar, porque no es lícito á manos profanas tocarlos. Despues, vuelto otra vez al enfermo, dice: *¡El Señor, sea contigo!* y pónese á rezar una oracion fervorosa, en que suplica al Dios de bondad se sirva obrar en su siervo todos los efectos maravillosos de este Sacramento, tanto en pro del alma como en pro del cuerpo. Seguidamente vierten sus labios dulces palabras, tiernos consuelos, expresiones de inmortal esperanza; y al despedirse de la familia, ruega no dejen de llamarle por poco que se agrave el mal, pues á fuer de amigo abnegado no quiere dejar á su amigo, á fuer de amigo decidido no quiere abandonar á su amigo hasta situarle en el seno de la felicidad.

Entonces, si el moribundo es padre ó madre, suele verificarse en las familias cristianas una ceremonia verdaderamente patriarcal. Sus hijos, conociendo el valor que tiene la bendicion de un padre ó de una madre, agrúpanse en torno al lecho, y con el respeto mas profundo y la mas tierna piedad reciben los últimos consejos del enfermo y suplican que los bendiga. Efectivamente, aquel nuevo Jacob, extendiendo sobre ellos sus manos y haciendo la señal de la cruz, ruega por su felicidad, implorando á favor de ellos cuanto el amor de un padre alumbrado por la antorcha de la eternidad puede anhelar en pro de los seres que nacieron de sus entrañas. ¿Por qué no siempre se observa una costumbre tan interesante? La Iglesia lo desea en interés mismo de las familias, pues presentando los hijos á la bendicion de sus padres restituyese á la autoridad paterna toda su importancia y dignidad.

Si al cabo Dios resuelve llamar á sí á ese hijo desterrado, si por fin va á sonar su última hora, nuevamente el ministro de Jesús acude, y de hinojos ante el lecho de dolor, rodeado de la familia desolada, reza por su hermano las tiernas y sublimes preces de la encomienda del alma. No es capaz la lengua del hombre de expresar todo lo que esta oracion tiene de divino; únicamente el corazon

puede sentirlo. Oídla sino: aquel mismo sacerdote que recibió al hombre á su ingreso en la vida, que lo sostuvo en el decurso de la misma, que lo levantó en sus caídas y que vigiló todos sus pasos, no le abandona tampoco en el trance supremo; antes viendo que el mundo acaba para aquel desterrado del cielo, y que se le abren las puertas de la eternidad, dirigese á todos los habitantes de la sublime mansion, y por medio de una expresiva letanía conjura á cada uno por su nombre á que salga al encuentro de su hermano moribundo. No pudiendo dudar de la proteccion omnipotente de los Santos, da la señal de la partida con estas solemnes palabras: ¡Vuela, alma cristiana! sal de este mundo en nombre del Padre todopoderoso que te crió; en el de Jesucristo, hijo de Dios vivo, que padeció por ti; en el del Espíritu Santo que en ti fué derramado; en el de los Angeles y Arcángeles, Tronos y Dominaciones, Principados y Potestades, Querubines y Serafines, en el de los Patriarcas y Profetas, y de los santos Apóstoles y Evangelistas, y de los santos Mártires y Confesores, y de los santos Monjes y Eremitas, y de las santas Vírgenes y Viudas, y de todos los Santos y Santas de Dios; y hoy mismo tengas asiento en la paz de la santa Sion por el mismo Jesucristo nuestro Señor: así sean.

Hé aquí la imponente y magnífica comitiva en medio de la cual el cristiano va á pisar los umbrales de la eternidad: ¿Qué podrá temer en tal momento? Todos los deseos de un feliz viaje, todos los votos mas tiernos que una madre puede elevar al separarse de su hijo querido elévanse tambien por nuestro viajero: cuanto puede haber de mas consolador se dice al enfermo, y cuanto puede haber de mas tierno se dice á Dios, para ablandarle y pedirle se digne recibir en su misericordia á aquella criatura, obra de sus manos, que á pesar de sus yerros y flaquezas le confiesa todavía y le adora. Si el alma sigue debatiéndose entre las ligaduras del cuerpo y las congojas de la agonía, acúdense al libro de los grandes dolores, y á la vez, para sostener los alientos del enfermo con la memoria de un gran modelo, y enternecer al Pastor divino en pro de su oveja espirante con la memoria de su propia agonía, léese la dolorosa escena del huerto de Getsemaní. Pero todo concluyó ya; acabóse la lucha; partió el desterrado. Un yerto cadáver es cuanto de él queda en este mundo: ¡ha muerto! En esta ocasion los hombres solo tienen por dar inútiles consuelos y estériles é impotentes lágrimas; pero la Religion tiene preces y oraciones, auxiliares poderosos que, lle-

vados en alas de la fe, acompañarán al viajero hasta el tribunal de su Juez, y no cesarán de elevar su voz suplicante hasta conseguir que ingrese en la eterna Jerusalem!

Aquí solo nos toca formar un deseo: el de poder morir de semejante manera, entre las preces y maternales abrazos de la Religion; pues ¿quién temerá la muerte, cuando se recibe en el seno de una madre cuyo último beso comunica la inmortalidad?

8.^o *Beneficios sociales.* Si tantas ventajas el sacramento de la Extremauncion proporciona al hombre, no las procura menores á la sociedad: él realza á los ojos de todos la dignidad humana, y proclama con elevado acento el dogma de la inmortalidad. La Iglesia dijo al descendiente de Adán el dia de su Bautismo: Tú eres hijo de un Dios tres veces santo. Sé, pues, tres veces santo en tu espíritu, en tu corazon y en tu cuerpo; — y sobre todos sus sentidos escribió este precepto: — despues, revistiéndole con una ropá cuya candidez simbolizaba esta santidad perfecta y obligada, añadió: Toma esta blanca vestidura, y llévala sin mancha hasta el tribunal de Jesucristo. Al entrar el jóven cristiano en la carrera de la vida, la Iglesia le llamó otra vez para revelarle un gran misterio. La vida, le dijo, es una guerra continua que tú has de sostener con toda honra, y derramando sobre su frente la uncion que forma los Mártires, hizo resonar en su corazon estas otras palabras: Tú eres rey; por consiguiente es preciso defendas tu corona con las armas en la mano: millares de testigos te contemplan; procura mostrarte digno de tus antepasados, digno de los Angeles, digno de tu madre. Despues sentó á éste jóven rey á un sagrado banquete, y lo hartó del pan de los fuertes, y lo sació del vino que engendra vírgenes; y trabada ya la lucha, si por acaso salió herido, curóle dándole un baño de la divina sangre, con lo cual pudo volar otra vez al combate mas adelantado y mas vigoroso.

De este modo la Iglesia por medio de los Sacramentos proporciona á sus atletas los timbres de la victoria, dando á sus ideas la mas sublimada elevacion; pero este hondo sentimiento de la propia dignidad nunca le es mas necesario que en el momento de concluir la lucha de una manera encarnizada; que en el momento de eclipsarse en apariencia toda la grandeza del hombre; que en el momento de descomponerse su ser macerado por la enfermedad, para añiquilarse y convertirse dentro de la tumba en una cosa que no

tiene nombre; que en el momento de abandonarle, desconsolados, todos los amigos y parientes, reconociéndose impotentes y deplorando una ruina próxima é irreparable. Pues bien, en ese momento en que el hombre es solo un objeto de horror, de disgusto y de compasion, es cuando la Iglesia católica desplegando la pompa de sus ceremonias y la riqueza de sus gracias viene para realzar á los ojos de todos la dignidad de la humana naturaleza: todo, en efecto, en los ritos sacramentales de la Extremauncion hace resaltar la dignidad del hombre y del cristiano; todo revela de una manera simbólica los elevados destinos que nos aguardan si morimos en la paz del Señor: por ellos la Iglesia nos recuerda con elocuencia lo que somos, á saber, unos soldados postrados, pero no vencidos; unos soldados que podrán haber sucumbido, pero que podrán realzarse recobrando un vigor natural, y si quieren el moral, hasta vencer en la última lid.

¿Qué significa el consagrar el cuerpo del hombre mediante las diferentes unciones? Para el enfermo significa una cosa de grande instruccion, caso que recobre la vida, y si ha llegado el fin de sus dias, significa que debe tener una gran confianza en la misericordia del Altísimo. Entonces es cuando el cristiano, convertido en otro hombre, conoce la inmensa bondad de Dios á favor de los que le aman, y lo consolador que es tener en nuestros males amistad con el cielo, poder dar á Dios el dulce título de Padre, confundir nuestras lágrimas con las de Jesucristo y de sus Santos, unir nuestro sacrificio á sus sacrificios, y nuestra esperanza á sus esperanzas.

Y ¿habrá quien diga que este eminente espectáculo es inútil para la sociedad? ¿No es por ventura una gran leccion la que nos enseña qué cosa es la vida y qué cosa es la muerte? ¿que el hombre tan sagrado es en el lecho del dolor, como lo fué en la cuna y lo será en el sepulcro? ¿cuán santo se debe ser para presentarse ante el Señor que descubre defectos en los Ángeles? Y ¿no entra por nada el ver al hombre como sostiene hasta el fin la dignidad de su naturaleza, como conserva tranquilo el espíritu y sereno el rostro ante la tumba entreabierta? Sí; altamente social es este espectáculo; social, por la honda impresion que ejerce sobre el ánimo de los asistentes, quienes á su vez serán juzgados por el que juzga á los mismos juzgadores; social, por los saludables remordimientos que en ellos excita; social, por esta palabra que pone involuntariamente en

sus labios: *Felices los que fallecieron en el Señor*; social, en cuanto advierte la brevedad del tiempo, la fragilidad de la vida, la vanidad de todo lo que pasa, y la realidad de todo lo que nos espera.

¿Qué es en efecto la Extremauncion, sino una proclamacion solemne del dogma de la inmortalidad? ¿Qué otra cosa son todas esas preces, ceremonias y unciones? Sí: ello es una profesion auténtica de esta verdad, base de la conducta, principio de toda virtud y garantía suprema de todas las sociedades, á saber: *que no todo muere con el cuerpo*. En efecto, ¿de qué serviria todo esto si el hombre no fuera mas que un animal ó una máquina, y si la losa que va á cubrir sus mortales despojos debiera encerrar todo su ser? No por cierto, esto no es así; y la Iglesia por medio de sus misiones graba en cada uno de los sentidos del hombre espirante estas palabras: *tú eres inmortal*. ¡Qué consuelo para aquel frágil ser que va á hundirse en la noche del sepulcro! ¡qué saludable advertencia para los que le sobreviven!

Suprimase la Extremauncion, y todos estos efectos desaparecen: el hombre muere sin dignidad y sin consuelo; degrádasele cuando mayor necesidad tiene de conservar de si una idea elevada; la muerte deja de ser una escuela de virtud, y la vida se pasa con entero olvido de la eternidad y de su tremendo tribunal, de sus delicias y de sus castigos. ¿Queréis saber cómo queda el mundo, cuando el hombre ya no se acuerda de sus eternos destinos? Echad la vista en torno vuestro; el lamentable espectáculo que se os ofrece podrá haceros comprender cuán social es una ceremonia que recuerda á todos de una manera expresiva el dogma de la eternidad, el juicio, el cielo y el infierno. Sin la Extremauncion, la muerte no puede ser sino un escándalo y un horror: un escándalo, por la insensibilidad de que irá acompañada, faltando la reparacion pública despues de una vida de iniquidades, y un horror, por las angustias que acrecerán lo terrible de ella, y el espanto y aversion que naturalmente inspira.

¿De dónde, en efecto, nace este miedo ridiculo, si no fuera horriblemente culpable, de ver espirar al hombre cristiano? ¿Temeis el aparato de nuestras sagradas ceremonias, y no temeis para un padre, para un hijo, para una esposa, los tormentos de la eternidad? ¿A quién han hecho morir nuestros Sacramentos? ¿No son por el contrario el consuelo que Dios lleva consigo á doquiera que va?

¿Acaso su culto no es de tal suerte inseparable de la bendicion, la blandura y la paz, que el ministro sagrado enviado á la cabecera del enfermo viene á ser un ángel tutelar que va á afirmar su alma en el amor del bien, y disponer nuevamente su corazon para los consuelos divinos?

¿Temeis tal vez que el aparato de nuestras ceremonias amedrente el ánimo del enfermo y aflija el espíritu de los que le rodean?— ¿Amedrentar el ánimo del enfermo, cuando acabamos de ver que no es miedo, sino consuelos y confianza lo que Dios viene á traerle? Y aun cuando fuera miedo, ¿por ventura es un mal aquel miedo saludable que recuerda la eternidad, que hace reparar escándalos é injusticias, y que impele al hombre á reconciliarse con Dios, solidando su felicidad? No por cierto; este miedo no es un mal.— ¿Afligir el espíritu de los que rodean al enfermo?... ¡Bueno! Y fallecer sin auxilio de los Sacramentos y sin reconciliacion con Dios, ¿no os aflige acaso? ¡Cielos! ¿Qué consuelo puede quedaros? ¡Qué digo! ¡Qué agudo remordimiento, qué tristeza irremediable no será el dejar á un padre, á una madre, á un hijo, á una persona cualquiera habérselas á solas con la muerte, arrojando el terrible paso del tiempo á la eternidad, y arrojándose entre las manos del Dios vivo, sin haber hecho las paces con su Juez!

Consideremos ahora bajo contrario aspecto el sin fin de consuelos resultantes de una muerte cristiana. Si acaso hay algo capaz de endulzar la pena de la separacion, ¿no es el poderse uno decir: mi padre, mi madre, mi hijo, ó mi amigo han muerto, pero han muerto en el seno de la Religion, despues de recibir de su Dios el dulce ósculo de reconciliacion y de paz? Sí, han muerto, pero sin separarse de los que les aman; han muerto para este mundo de miserias y padecimientos, pero es para ir á disfrutar de un mundo mejor: ¡ojalá nos volvamos á ver reunidos en él! ¡Mil y mil veces venturosos los que pueden proporcionar á sus deudos y amigos la dicha de dormirse en el Señor! ¡mil y mil veces venturosos tambien los muertos que fallecieron de este modo! Si ellos se anticipan de un dia en dejar á los parientes y buenos amigos que tenian en la tierra, es con esperanza de volverlos á ver para no dejarse mas, con esperanza de quedarse aun con ellos en espíritu y en corazon, interesarse mas eficazmente por sus necesidades, y hasta prevenirlas por medio de sus ruegos y oraciones. Finalmente, aunque los dejan, no dejan la so-

ciudad de los justos de que ellos forman parte, y lo que hacen es llegar un poco antes al término de la dicha por la cual suspiran todos los justos de la tierra. Vuelan á reunirse con la sociedad triunfante de los Santos que esencialmente reside en el cielo; vuelan á encontrarse con nuevos hermanos y amigos, cuya amistad y amor no hará sino acrecer y depurar la que profesan á sus hermanos de la tierra; por fin, vuelan á reunirse con el cuerpo y la cabeza de que son miembros: júzguese si será inefable el momento de tal entrevista.

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber instituido el sacramento de la Extremauncion al objeto de purificarme, consolarme y reforzarme en mi última hora; hacedme la gracia de que pueda recibirlo con toda dignacion.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mi mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *el dia último de cada mes rezaré las paces de los agonizantes.*

¹ Véase Jauffret, *Del culto público.*